

FRANCISCO MAGAÑA

DOI: 10.19136/cz.a18n36.6665

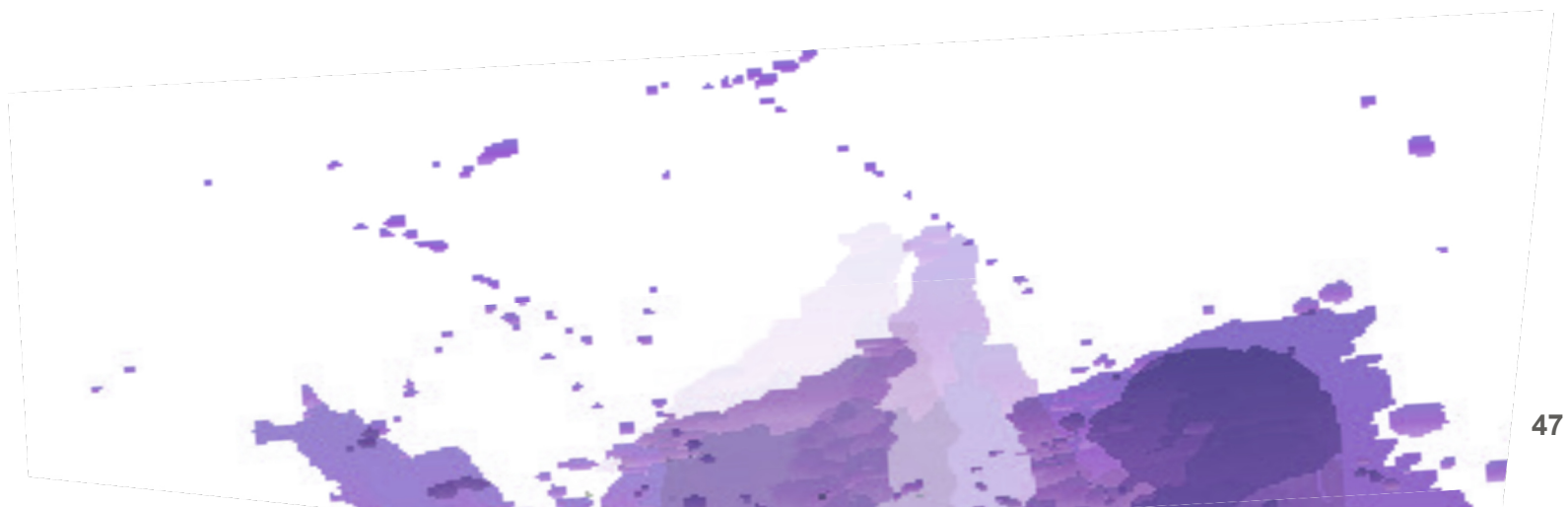
Poeta y pintor. Nació en Paraíso, Tabasco en 1961. Editor de Ediciones Monte Carmelo. Ha publicado quince títulos de poesía, los más recientes: Primer mundo (2019) y Fe (2021). En 1999 obtuvo el premio nacional de poesía Carlos Pellicer para obra publicada y el premio Tabasco de poesía José Carlos Becerra; en 2001 el internacional de poesía Jaime Sabines 2001. Su poesía se ha publicado en Argentina, España, Chile y Canadá. Ha sido traducido parcialmente al francés, alemán y portugués. Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (2011-2014). Ha traducido Reflexiones sobre poesía, de Paul Claudel (2000), Canción para la comida del ogro, de Edmond Jabès (2015) y La noche inquieta, selección, versión y pinturas (2016). Está incluido en diversas antologías, entre ellas: Pulir huesos. Veintiún poetas latinoamericanos, de Eduardo Milán (2007), El salmo fugitivo. Una antología de poesía religiosa latinoamericana del siglo XX, de Leopoldo Cervantes-Ortiz (2002) y en La literatura mexicana del siglo XX, de José María Espinasa (2015). En 2023 expuso Esquemas para una ola tropical en Gabolibros (Villahermosa, Tabasco) y participó en la muestra colectiva Correspondencias: diálogos entre la palabra y la imagen (El Colegio Nacional). Una pieza suya pertenece a la colección de Milenio «El amor visto por el arte».

En 2025 por Fiebre la piel y adónde la manzana / Peu du fièvre où la pomme (Manits editores / Écrits des Forges Poésie, 2001) obtuvo el Premio de Poesía Jaime Sabines-Gatien Lapointe que otorga el Seminario de Cultura Mexicana y el Festival de la Poesía de Trois Rivières.

De próxima aparición en manosanta editores, La espesa tierra amarga de los muertos.



Foto: Federico De la Vega.



FIEBRE LA PIEL Y ADONDE LA MANZANA

Pero no es tanto la duda como la voz
que tan oscura resurge
con su tamaño de mar inexplorado.

Qué tan claro es entonces su mirar,
qué transparencia
adquiere al revivir los designios de su vida.

Perono es tanto la claridad
como el brillo mate de la voz ardiendo.
Y qué tan callada.

No amo ni puedo amar sino a Dios. Pero los hombres no lo sabrán. (Ni Dios tampoco).
George Perros

¿Cuál será aquél desconcierto
que alza la voz tan callando
y convoca emocionando
los lenguajes del concierto?

Nada vuelve hasta entonces
a no ser el pájaro ensoñación atrapado
en la delicia de cualquier desliz,
a no ser el filo de navaja ardiendo
en busca desesperada de su vena.
Pero falta la voz,
hasta la voz falta
para mirar de frente el abandono
que se adormila en los ojos de la noche,
en las cortinas, en los muebles ajados
que desprenden
un aire de vacío que reverdece al alba.
Falta el silencio
para sentir en sus tonos la palabra.

En la manzana puede mirarse el corazón de la luna en la memoria.

En las tradiciones celtas, la manzana es una fruta de magia, de ciencia y revelación. Y es además un alimento maravilloso. Por *Ogam. Tradition Celtique* (Rennes, 1948) sabemos que la mujer del otro mundo que viene a buscar a Condle, el hijo del rey Conn, el de las cien batallas, le entrega una manzana que basta para su alimentación durante un mes, sin menguar.

Entre los objetos maravillosos cuya búsqueda impone el dios Lug a los tres hijos de Tuirenn, en compensación por el asesinato de su padre Cian, figuran las tres manzanas del Jardín de las Hespérides: quien como de ellas no tiene ya hambre ni sed, ni dolor ni enfermedad.

En algunos cuentos bretones, el consumo de una manzana sirve de prólogo a una profecía.

En Diccionario de los símbolos.

Supimos de su partida por su presencia. Por el eco de su voz en el trayecto de la nostalgia a la pena. Porque el mar, decía, como la esperanza, es sólo asunto de tenerlo cerca y olvidarlo. Porque no hubo quien dijera que la luna apacentaba los olvidos, que las palabras se inventaban sin nada que decirnos. Porque nadie nos dijo que tras la puerta se encendería para siempre la veladora que apenas vislumbramos antes. Cuando la manzana levantó el sombrero de un verano somnoliento, supimos que empezaba a cumplirse el tiempo de aires benévolos.

Conocer en su esencia
aquella miel,
aquel temblor del mundo
que hace olvidar
el sino de los tiempos.
Conocer el verdor
y en él sentir
que toda la mañana
no es más

que el pródigo cantar
de las arenas
en la danza
fugaz
del mediodía.
Invocar la palabra,
la que sueña
con pájaros de luz
que hacen la sombra,
la que exige
una mirada
para hablar del recuerdo
y del otoño
cuando la lluvia
inventa la nostalgia.
Presentir el asombro
en el silencio
de saber
que es en Dios
cuando amanece.

Un aroma de adiós en los tejados llueve.
Como si la ausencia fuera una fiesta
a punto de comenzar
su ritual de siempre y hasta nunca,
escenario alumbrado
con los nombres que el viento

va dejando en las paredes,
con las palabras que regresan
de los rincones más áridos
del recuerdo emparentado
desde hace cuánto con la nostalgia
que gota a gota
se adueña del ambiente
y toma posesión de los planes deshechos,
de las mañanas por inventar,
de las tardes que reclaman para sí
el cumplimiento de la promesa,
de las noches esperanzadas
en el punzante aliento
de los amores sin respirar,
de la sentencia establecida
en los días por vivir y ya vividos.
En la llovizna viven los desiertos absortos
de mirar sus consecuencias. Y la frase
no dicha adquiere carta de naturalidad
en los espejismos. Y adquiere, antes
que todo, el templado sentir
de su sentir, la rabia de sentir
lo que es la ausencia.
Los tejados y el agua
inventan el recuerdo, lo pisotean.
(Debe estar a esta hora amaneciendo
porque el cigarro encuentra su placer
en las voces que a veces
repercuten



en la ósea estructura del dolor
de estar sentados, sí, en guardia,
sí, esperando).

Debe ser que el silencio
se ha dormido con la ilusión intacta
de la supervivencia.
Debe ser que tu nombre
Apareció así de pronto
y uno tan solo
que tiende a confundirlo
con cualquier artificio de los vientos.
Y uno pidiendo
solamente ver aunque sea un milagro,
pero ver la canción dibujada
en los contornos difusos
de unos labios al alba enaltecidos,
aunque sea una imagen uno pidiendo,
aunque sea un milagro de El Bosco
en la rutina lenta y destructora.
Pero quizá sea mucho el pedimento.
Pero quizá sea poco,
quién lo sabe. ¿Quiénsabe si saber
no es lo sabido? Quien responde al callar
habla mejor que la articulación vocablo
de las frases, y sabe, entonces sí,
que callar es la manzana,

el corazón de la manzana en el púlpito oratorio,
en el visible transcurrir las apariencias,
en la acechanza desbalagada de los días,
en la amenaza atroz de la sentencia
y en la superficie blanda del silencio
casi a punto de dejar de serlo.

Decía que la manzana decía que su insomnio es el tiempo de los hombres.

El riesgo es la palabra.
No la del silencio, no,
sino esa invocación que gira inmisericorde
y sin remedio por los cuatro costados
del instante previo al alumbramiento
de qué.

Debe estar a esta hora anocheciendo.

Y es que al mismo tiempo los sentimientos de a responsabilidad y de la culpabilidad humanas se han encontrado —con razón o sin ella— muy desarrollados en los espíritus. Y como digo, con razón o sin ella, esto me parece muy admirable y muy

patético. De ahí una desesperación moral, un remordimiento y una resolución (seguidos de desilusiones, etc.) igualmente espantosos.

Francis Ponge

Puede ser que la duda se apersone sin más
de la renuente infamia del pasado.

Puede ser que no pueda ser más
que lo que sus alcances le permitan:
puede ser que no aspire

a otro momento

que no sea

la mera prolongación

de ser sin serlo,

pero no

a escondidas.

Lo amargo del ayer

no aparenta

su corazón en avanzada.

Despliega sus alcances,

su tiempo pródigo

en vaivenes sin término,

sus ocultos ojos

tras un antifaz

que acaso

el solo sospecha

pero que no le impide

el tránsito fulgor del arrebató

ni el recuerdo canción
a medianoche:
ni el alto tedio de los desconciertos.

Todo sucede para que nada
se geste sin aviso: todo,
para que la conciencia adquiera
sus rigores y alce descalza el vuelo
pero adónde,
pero adónde enfocar
sus torpes invenciones
y la tibia ingenuidad de sus rubores.
Antes quizá sí,
cuando la risa prófuga
era un prodigio de huida y celebrando,
una llamada sin dueño
pero aviso de otro misterio.
Pero ahora, cuando la puerta
es un miedo desconocido,
un ente modelado con la misma paciencia
de la intranquilidad,
no queda más que la fuga, el aire
que expresa en sus adentros el silbo,
los murmullos, la cansada pregunta,
siempre la misma interrogación
que no acaba de pronunciarse
en el mismo ritual de la costumbre
aparecida en los fértiles sitios del vacío
donde la luz no encuentra residencia.

Pero queda la palabra. Para olvidarla, para sentirla toda recorriendo las venas de un crepúsculo naciente y de una vagapercepción de los sentidos. Pero queda el milagro y aquí estamos arrodillados y esperando. Nadie podrá decir entonces que dejamos el tiempo sin sentirlo y sin sentirlo lo dejamos pasar como si nunca. Nadie podrá dejar entonces la oración como se olvida un asidero, presentido apenas.

En penumbras adquiere la plegaria
el instante más alto de sus dones. En penumbras
se hace el misterio y el milagro se transforma
en la reconciliación pactada con los poderes
presentidos de la luz, con los designios muestra
de una verdad que nos alcanza mucho antes
de que nosotros lo sepamos.

Reconciliación, sí,
pero también veladora en el atardecer que abre paso
a los destellos alebrestados con el murmullo,
con el fuego, con la caricia extendida del silencio,
con el múltiple callar en la caricia de una piel juguetona
que se escurre imponente y avasalladora por los absurdos
pliegues de la primera invasión del hastío, por la delgada
columna del vacío en el drama de siempre: por el tedio



de la alharaca y la medida de quién, de quién el ahogo
 en la boca del pez, espada de quién el sollozo
 recriminatorio en la otra orilla:
 escudo de quién el canto en general
 y el alfabeto hermético en la boca abierta del terror,
 en la boca del mundo en el corazón de Dios
 en la boca del mundo
 en la boca en los ojos del mundo en el corazón de Dios
 la interrogación adquiere los rasgos de aquello
 que más se acerca a la imaginación volcada
 en sus instintos, a la primera paloma del diluvio
 en la tierra del día más cantante que el canto mismo.
 Y qué ajena la memoria dispuesta
 para el regreso vacío del minuto, para la forma
 umbral de sus pesares, para el sueño espantapájaros
 en la mirada, para el elogio más grande, el de la
 indiferencia, para el demonio también de las apariciones
 en la criatura que cubre su desaliento
 con la armadura blanda de la visita eterna
 entre las manos, aún con la cabeza huésped
 de los nombres de entonces, en la esquina viva
 grácilmente reverberan los ojos frágiles de la lluvia,
 igual que el hombre que huye con un destierro a cuestas,
 con sueños en la espalda. Igual que el hombre
 que olvida que olvidar no es más que una noche
 que no acaba de suceder, un don que no termina,
 una vagasombra de sí mismo, una sin nombre imagen
 en la desnuda oscuridad que desuella
 los últimos rescoldos de su inquietud tardía,

sus últimos intentos.

En la manzana, decía, la piel es una prolongación más de la pregunta.

Un monólogo azul de tanto ayer
encuentra su alegría
donde la luz bautiza oscuridades.
Claro el afán del sitio donde sólo hay
un asomo de cielo en la ventana,
un muy extraño afán de estar con alguien
en la linde cobriza del olvido,
en las aguas espigas de las costas
donde un día bailó la danza su fuego de antes,
donde un día
asomó la artera sombra del primer insomnio,
la quieta cima de la primera vigilia
y la certidumbre
de un deseo apenas entrevisto en el deseo.

Gervasius cuenta que Alejandro Magno, al buscar las aguas de la vida en la India, halló manzanas que prolongaban hasta cuatrocientos años la vida de los sacerdotes. En la mitología escandinava la manzana desempeña el papel del fruto regenerador y



rejuvenecedor. Los dioses comen manzanas y permanecen jóvenes hasta el ragmarök, es decir, hasta el fin del ciclo cósmico actual.

Diccionario de los símbolos.

Es decir: Dios no prohíbe nada, sino que hace conocer a Adán que el fruto en virtud de su composición descompondrá el cuerpo de Adán. El fruto actúa como el arsénico. Por lo tanto encontramos en el punto de partida la tesis esencial de Spinoza: lo que es malo debe ser entendido como una intoxicación, un envenenamiento, una indigestión. O, incluso, habida cuenta de los factores individuantes, como una intolerancia o una alergia.

Gilles Deleuze

La palabra al regresar
de sus austeros rincones
vuelve llena de oraciones.

El misterio que al nacer
oculta si condición,
se parece a la oración
que se consume al perder
las huellas de su pasión.

Y en ese fulgor primero

en que la luz es presencia,
de la nada surge, artero,
el caminar de la ausencia.

Ah, en ese instante creador
cuando la piel enamora
los placeres donde mora
el silencio abrasador,
la voces pasión que llora.
Poreso cuando amanece
la tinta de esa negrura
del mundo desaparece
todo rastro de cordura.

La palabra al regresar
de sus austeros rincones
vuelve llena de oraciones.

El centro del contorno
es la silueta que impone sus deberes
a los ojos abiertos en el alba.
Aunque hay
otro lugar al que el temor asiste



para llamar fantasmas,
para conjurarlos.

Aunque hay algún reposo sospechado,
nadie nos dice por qué aparece la neblina
con su manto insistente y altanero,
nadie nos dice por qué se alejan los minutos
con sus pasos sin dueño, delirantes,
a perderse sin fe y enardecidos.

Nadie
es también la voz que nos recuerda
cuando acaso nosotros la olvidamos,
cuando acaso intuimos
que el olvido
es el modo más fiel de los recuerdos,
la resaca enclavada en la memoria,
la astilla perfilando sus matices
y el sonido estruendoso del eco en la garganta.

En la mano resurge la pregunta
que dice al alba
su secreto a tientas.

Sin que la escuchen dice su secreto a tientas.
Porque la ausencia puede ser una sílaba empantanada,
una calle de amanecer en alcohol
y una sirena pavoneando sus deseos en la iglesia.

Atientas dice su secreto y tambaleando.

Pertinaz la llovizna y a destiempo
ilumina el camino que la mirada
ha nombrado su objetivo.
En las charcas, en el agua que encuentra
su corriente al extraviarse se cifra,
acaso al mediodía,
el germen de un destino que manifiesta
su púrpura pasado
en el testamento de un epistolario
sin concluir, de una ventana
que es recuerdo de la manzana,
de una palabra casi religión
que mucho tiene que ver con el desasosiego,
con la rama del viento sur
en la pestaña del lagrimeo, en la parca evolución
de los sentidos hacia dónde
y en el olor acuoso
de los placeres resucitados al solo toque de pronunciación.

El agua es vocación de los adioses.
Su aparición descuella las cenizas
en los cuadernos gloria del insomnio,
en el principio estandarte

de los años escombros que se crecen con el sueño,
con el nocturno aguardar
los desencuentros.
En unión con la nostalgia
retiene el agua
la media luz estrella de las horas,
el viaje de regreso entre las sombras
y una historia que no encuentra su argumento.

Dócil la tentación,
arteros sus rescoldos.
Sus punzadas apenas
el preludio de la imagen,
de una reconciliación en busca de su reino.

Nada ha cambiado.
Se habla en las calles
de una palabra en los labios del misterio,
de visiones, escombros,
de una conciencia que son miles
en el fango resquicio, de la compra
de la venta de qué. Se habla en las calles,
bajo la luna infierno,
de la marea vituperio en desbandada,
del ejercicio confesional de madrugada,

de la canción que reverdece al alba
como si fuera un asunto ojalá sólo de horarios.
En las calles la voz encuentra
la presencia de otras voces, el motivo invisible
de otras búsquedas,
el súbito viraje hacia la zona perdida de su travesía,
la garganta principio
de la noche en la celebración inmóvil del silencio.
Recorrer las calles
es recorrer los timbres de una voz
que no se encuentra,
de una voz linterna acaso en la mañana.
No recorrerlas equivale a despertar
con la parroquia cruz de la esperanza auestas,
con el verdor urdimbre
de la sangre plateada en el comienzo.

Qué silencio el instante
cuando la luz esconde sus fulgores
y percibe anhelante
la fe de los ardores
que hace olvidar el mundo a sus cantores.

Rezagode la nada,
el instinto celebra la alegría

donde siempre callada
y más aún: amada
conoce del sosiego la alborada:

y vibra como el pecho
por la señal de amor crucificado
un aire qué maltrecho
un viento que *adornado*
conoce las delicias del Amado.

Y blanca la mañana
como el arcano azul de la contienda,
como la lengua del ahorcado
en los festejos sin término del crepúsculo,
como el filo navaja de la ausencia
en la reconciliación a medias,
escindida, a oscuras sus impulsos,
arremetiendo sin piedad contra la nada.

Así también mañana
tu caricia fantasma
en el jardín nocturno y a escondidas,
febril la complacencia
si la memoria inventa recovecos,
si la mañana
es igual a esa lenta extensión de pasadizos
que nunca han sido visitados,
porque calla la voz sus intenciones,

porque encuentra en el sonido
 y nada más
 la única razón de su existencia
 a ciegas, torpe,
 buscando el equilibrio
 en la imprecisión de sus desatinos,
 en su balbuceo pasión de las distancias
 y en el festejo desmedido de sus desvelos.
 Blanca será pues
 como el azul insomne de sus reflejos,
 como el destello piel que circula
 en las venas del filo a punto del desahucio.
 Y blanca será también
 si es blanca la mirada del antepasado
 que recorre sus pasos ya casi eco
 en la extenuación de los sentidos,
 en la parca medida de sus vaivenes señalados
 por la sentencia
 que vaticinó en el viento el destino desde hace tanto.

Si manzana es fruta maravillosa, el manzano (*abellio*, en céltico) es también un árbol de otro mundo. La extranjera que viene a buscar a Bran, le entrega una rama de manzano antes de arrastrarlo más allá del mar.

Diccionario de los símbolos

La insistencia, el acoso en busca de las venas más íntimas de su ser, convierten a la manzana en albergue de sus encantos. Más que la soberbia callada de la indiferencia, inquirir de nuevo, aunque el gesto no sea otra cosa que el reflejo de una interrogante al aire, sin contestación. Pero el hecho de hacerlo confirma la sólida reputación de su mutismo, enclavado en la misma catadura de la pregunta.

